

El mentidero de la Villa de Madrid



Nº 674 – Martes 6 de septiembre de 2022

Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✚ **Todo ha cambiado**, *Juan Van-Halen*
- ✚ **El odio como herramienta política**, *Alejo Vidal-Quadras*
- ✚ **La invasión de los bárbaros**, *María Elvira Roca Barea*
- ✚ **Solo sí ya es sí**, *Guadalupe Sánchez*

Todo ha cambiado

Muchas veces se llega al servicio de los ciudadanos, que debería ser la actividad más responsable que pueda imaginarse, sin experiencias previas, desconociendo incluso la gestión de una comunidad de vecinos. Verborrea, catón ideológico, escasas lecturas, autoestima sublimada y poco más

Juan Van-Halen

Escritor y académico correspondiente de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando.

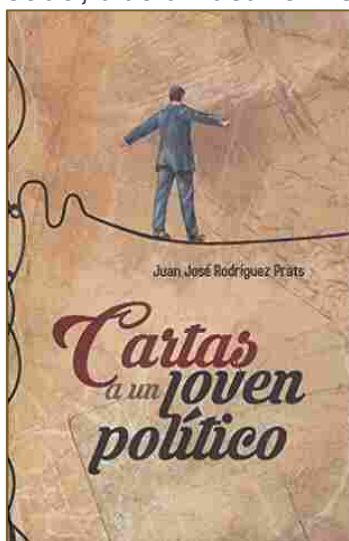
Cuando uno va dejando atrás el tiempo y llegas a pensar que este tiempo es ajeno y no sólo por lo que ha cambiado tu entorno, sino también por lo que lo vivido ha cambiado de ti mismo, y lo aceptas sin más melancolía que la razonable, es que el trasiego de los años ha resultado enriquecedor aunque puedas entenderlo en parte plano. El tiempo ha hecho mella en lo que conocías y creíste alegre o triste, beneficioso o desfavorable, y ya la perspectiva es otra, más amplia, sin límites obligados, algo así como la sensación que recibí el día que surqué en globo los cielos de Aranjuez. Todo era más pequeño, más abarcable, más irreal, pero estaba allí. Nada que ver con la visión desde un avión. Volaba en una cesta al vaivén de los vientos. Y la inevitable percepción de riesgo hacía entender la realidad de otra manera. Vivir, en definitiva, es eso: riesgo y superación.



Miro atrás con cierta neutralidad desde lo que viene considerándose madurez. Mi larga dedicación al oficio que muy jovencito elegí, o él me eligió a mí, y mi no menos extensa experiencia política –acaso debería escribir «de servicio público» que da una impresión más a salvo de las ideologías– me permiten entender la realidad sin compromisos férreos ni ataduras insalvables, alejándola de lo perentorio que a veces te ata a la responsabilidad que asumes.

En un debate parlamentario cierto portavoz de un partido autoproclamado de la «nueva política» me llamó «viejo». Qué le vamos a hacer. Probablemente era globalista y entendía, como su líder señaló alguna vez, que los mayores somos un estorbo, damos la lata, no aportamos nada a la sociedad, gastamos dinero público por nuestros achaques y, en definitiva, somos prescindibles. Acaba de proclamar algo parecido Christine Lagarde. La trayectoria vital no cuenta.

El globalismo sostiene que en el mundo sobra mucha gente y para paliarlo se promueven el aborto, la eutanasia, las guerras, qué se yo. Caí en la tentación de buscar la biografía de aquel joven parlamentario en internet y comprobé que mi fustigador contaba 28 apetecibles años. Destaqué al joven que él no había cotizado un euro a la seguridad social, no había trabajado hasta acceder a su condición parlamentaria, y le informé, no sin cierto gozo, de que a su edad, tras un activo menester periodístico, incluidas guerras por esos mundos, yo dirigía una editorial con un centenar de empleados y cerraba las cuentas anuales con ganancias. No creo que entendiera nada.



La anécdota es válida como retrato de parte de la actual política. Muchas veces se llega al servicio de los ciudadanos, que debería ser la actividad más responsable que pueda imaginarse, sin experiencias previas, desconociendo incluso la gestión de una comunidad de vecinos. Verborrea, catón ideológico, escasas lecturas, autoestima sublimada y poco más. Acaso por ello personas válidas se resisten tenazmente a incorporarse al ejercicio de la política. Y los ministros discrepantes no dimiten porque adónde van a ir. Claro que los tiempos han cambiado y a menudo para peor. Pero el tiempo es así y no de otra manera. Ocurrió siempre.

La política y el periodismo son dos actividades en las que se deja notar especialmente esa crisis de identidad, de defensa de la verdad, de la decencia. Hubo un tiempo en que se habló del «fondo de reptiles». Ahora muchos sentimos bochorno al identificar tantas informaciones sesgadas, que luego desmiente la realidad, por las adscripciones ideológicas de quienes las promueven o las firman. Más allá de los artículos de opinión y los editoriales, que reflejan lo que defienden un autor o un medio, la información debería mantenerse a resguardo del sesgo, la manipulación y la servidumbre.

La política y el periodismo son dos actividades en las que se deja notar especialmente esa crisis de identidad, de defensa de la verdad, de la decencia. Hubo un tiempo en que se habló del «fondo de reptiles». Ahora muchos sentimos bochorno al identificar tantas informaciones sesgadas, que luego desmiente la realidad, por las adscripciones ideológicas de quienes las promueven o las firman. Más allá de los artículos de opinión y los editoriales, que reflejan lo que defienden un autor o un medio, la información debería mantenerse a resguardo del sesgo, la manipulación y la servidumbre.

El ejercicio de la política ha perdido altura, dignidad; se recurre al insulto. El Parlamento ha ahuyentado la galanura, el decoro, lo que se consideró, admirándola, oratoria parlamentaria. Ni siquiera en la vestimenta sus señorías guardan respeto a la institución en la que reside la soberanía nacional. Y lo peor es que sus presidentes no han sabido o no han querido enmendarlo. La pendiente hacia el desprestigio se ha entendido como modernidad. Y no es así. Todo viene de que llegan en exceso a la política quienes no están preparados ni por formación, ni por educación, ni por aptitudes personales, y confunden el Parlamento con una reunión de colegas, chabacana e intrascendente.

Los ataques a la Constitución y a la Monarquía son de libre circulación; las ofensas a la Nación y al Rey no sufren reproche alguno. Recientemente se apeó de un mástil una bandera del colectivo LGTBI y se armó un escándalo; los independentistas queman banderas de España y el hecho se recibe con normalidad. Los políticos mienten sin freno, y el Pinocho principal es el presidente del Gobierno, y no parece importar a nadie. Si Sánchez miente, él es así. El presidente del Gobierno no puede salir a las calles porque le abuche-



chean, visita en Falcon, Superpuma y Audi 8 algunos incendios y sólo saluda a bomberos, guardiaciviles, tropas de la UME y autoridades locales casualmente socialistas, sin presencia del pueblo que padece el incendio. Y no pasa nada.

Sí, todo ha cambiado en el mundo, en mi mundo y no menos en mí mismo. Pero hay que seguir en la

brecha porque la lucha no es inútil. Uno está cansado de cansarse, de clamar en el desierto, indefenso de no saber a veces qué defender ni cómo ni para quién. Y sorprendido de esta sociedad que, sin mirar atrás, sin haber sobrevivido en ella la rebelde sangre de los siglos que hervía al sentirse engañada, parece no dar para más. Deseo errar. Mira alrededor y verás que siempre pasa nada, aunque el edificio común se tambalee y los dinamiteros pongan ya descaradamente a punto las cargas definitivas.

El odio como herramienta política

Para nuestra desgracia, el presidente del Gobierno tiene el odio por divisa y no cesa en fomentar la división y el enfrentamiento

Alejo Vidal-Quadras (*Vozpópuli*)

Ha llamado la atención de muchos comentaristas en las últimas semanas la absoluta falta de comunicación entre Pedro Sánchez y el líder de la oposición y eventual sucesor suyo al frente del Gobierno, Alberto Núñez Feijóo. Esta ausencia de interlocución, que dura ya siete meses, entre las que son hoy las dos figuras centrales de nuestro sistema político ha sido vista

con razón como una anomalía dentro del funcionamiento normal de una democracia parlamentaria. La situación del país es de una extrema gravedad y sin duda estamos atravesando una de las peores etapas de nuestra vida colectiva desde la Transición. Todo parece conjurarse en contra de España, su prosperidad, su seguridad y su bienestar. Los efectos de la guerra de Ucrania sobre el suministro energético y el alza de los precios, la terrible sequía, los devastadores incendios forestales, la pérdida progresiva de relevancia en el plano internacional, tanto en el seno de la Unión Europea, donde hemos sido progresivamente relegados a un papel meramente secundario, como en la escena global, con un retroceso evidente de nuestro prestigio y autoridad



moral en Iberoamérica, un endeudamiento público alarmante, el inmisericorde ataque a la unidad nacional de las fuerzas separatistas, una calidad en caída libre de nuestra enseñanza secundaria, un paro juvenil aterrador y una sensación general de fatiga, de desánimo

y de pesimismo que invade la sociedad española pese a los patéticos esfuerzos de la coalición en el poder por enmascarar con propaganda demagógica y estériles golpes de efecto las penosas dificultades en las que se debaten millones de familias, de autónomos y de pequeñas empresas, dibujan un panorama que exige sin duda la máxima conjunción de voluntades para salir adelante.

Sin embargo, a diferencia de lo que sucede en otros Estados miembros de la UE, en los que gobierno y oposición mantienen un diálogo leal en los temas de trascendencia nacional –véase por ejemplo el comportamiento del tripartito alemán y de la alternativa demócrata-cristiana– de forma madura y constructiva, en nuestros pagos el jefe del Ejecutivo se niega a cualquier contacto o colaboración con el cabeza de filas del principal Grupo opositor de la Cámara, reemplazando lo que debería ser un respetuoso intercambio de puntos de vista y un análisis conjunto de soluciones por una retahíla de insultos y descalificaciones de una tropilla de ministros salidos en tromba de manera servil a cubrir de denuestos a su oponente sin el menor respeto institucional ni el mínimo decoro que se supone inherente a su cargo.

Pedro Sánchez ha recurrido invariable y pertinazmente, desde que inició su andadura presidencial, a un método de movilización electoral que revela a la vez su incapacidad como gobernante y su desprecio por el interés superior de la Nación que los votantes le han confiado. Aunque esta estrategia innoble fue utilizada ya por Zapatero, Sánchez la ha llevado a su extremo más deletéreo. Consiste en fomentar el antagonismo feroz entre izquierda y derecha sin

matices ni ecuanimidad alguna, empleando sin el menor escrúpulo la caricatura, la mentira, la calumnia, la reinención de la Historia o la etiqueta infamante para crear una imagen del adversario político tan injusta como repulsiva. Así, mediante la excavación de una sima de rencores y rechazos viscerales entre las dos Españas machadianas que el gran pacto civil de 1978 había reconciliado y que su antecesor y actual lobista de una narcodictadura comenzó a resucitar, pretende cegar cualquier posibilidad de que los ciudadanos examinen la realidad con ojos objetivos y alcancen conclusiones racionales por encima de los enfrentamientos ideológicos. Diabólico y amoral conector de que el votante obedece más a sus emociones y prejuicios que a las evidencias probadas, concentra enormes recursos y dedica innumerables horas a excitar lo peor que los seres humanos llevamos dentro, la envidia, la frustración, la desconfianza, la pereza, el egoísmo y el odio a un enemigo inventado en lugar de apelar a lo mejor de nuestra condición, la solidaridad, el equilibrio, el esfuerzo, la búsqueda de la excelencia y el sano patriotismo.

La ruina general

La herramienta preferida del actual inquilino de La Moncloa para suscitar la adhesión de amplias capas de nuestra sociedad que experimentan los embates



de la presente crisis con particular intensidad no es invitarles al trabajo en común, no es animarles a poner de su parte para mejorar su desfavorable coyuntura, no es hacerles ver que navegamos todos en el mismo barco y que si dañamos el motor las

hélices se detendrán e iremos a la deriva, no es ofrecerles un camino de esperanza mediante la ayuda que merecen combinada con la motivación para ascender en la escalera social, nada de eso pertenece a su universo mental. Por el contrario, les azuza contra aquellos cuya desaparición, desistimiento o paralización traería la ruina general y provocaría el mayor perjuicio precisamente a los que dice cínicamente proteger. Para nuestra desgracia, el presidente del Gobierno, cuya misión es despertar y cohesionar las energías más saludables y positivas de una España atribulada y desorientada, tiene el odio por divisa y no cesa en fomentar la división y el enfrentamiento. En su ciego empecinamiento, no sabe que esta senda desprezable contiene la semilla de su derrota dentro de año y medio. Lo escribió clarívidentemente Alphonse Daudet hace siglo y medio: «El odio es la cólera de los débiles». En efecto, la profunda y amarga hostilidad hacia sus semejantes que revela la siempre tensa mandíbula de Pedro Sánchez, empezando por la inquina hacia su propio partido, denota una irremediable, triste e impotente debilidad.

La invasión vertical de los bárbaros

María Elvira Roca Barea (*El Mundo*)

Profesora, ensayista y autora de, entre otros, *Imperiofobia y leyenda negra* (Siruela) y *Fracasología. España y sus élites: de los afrancesados a nuestros días* (Espasa).

Ha sido un enorme y estúpido alivio para algunos, entre los que me encuentro, ver el vídeo de la ministra finlandesa Sanna Marin. Es posible ubicarla como ministra del Gobierno de España sin hacer el menor esfuerzo de imaginación. Es más, el esfuerzo es necesario para no hacerlo. Ahí es donde se ve que Europa existe. En otros tiempos, Europa se manifestaba en su filosofía, en su ciencia o en sus clásicos.

Hoy la filosofía ha sido borrada del currículum y lo que lleva su nombre en una empanadilla hecha de psicologismo barato y autoayuda que da pavor. Los inapelables principios de la ciencia, que son los de la lógica, vienen de ser cancelados en función del estado de ánimo de cada cual y los clásicos no duran más que una serie de Netflix.

Luego, para completar el vodevil, aparece el Partido de los Finlandeses, como si Sanna Marin no lo fuera, y dice (exige) que ella debe someterse a un test voluntario de detección de drogas. Dejemos a un lado la imposibilidad semántica de que pueda ser voluntario para alguien el someterse a un test porque otro se lo exige. No hay que arredrarse ante estas pequeñas dificultades con el razonamiento porque la lógica está en suspensión de pagos desde hace mucho.

Vamos a lo mollar. ¿Qué importancia tendrá ante este despliegue desacomplejado de adolescentitis en edad próxima a la menopausia que esta dama se drogue o no? Quizás no le vendría mal un contacto provechoso con la sabia sustancia de Hofmann o un tránsito por Eleusis, donde quizás le hubieran enseñado la realidad inapelable del tiempo. Este es un aprendizaje formidable que mejora mucho la adolescentitis aguda, condición (no la llamaré enfermedad) común hoy desde Gibraltar a Cabo Norte. Literalmente. Y transversal también en cuanto a la clase social, porque se manifiesta desde lo más bajo a lo más alto.

¿Un test de drogas? Pero, hombre, por todos los dioses del Olimpo y los que habitan en las variadas regiones del Topos Uranos... Abruma pensar cómo andan las neuronas del populismo nacionalista en el país norteño, entre nuestros idealizados escandinavos.

Esto no es un problema de drogas, es una cuestión de estética, o sea de algo mucho más grave e infinitamente más profundo. Creo que fue Fernando de los Ríos el que dijo que el camino más corto para llegar a la ética es la estética.



Hagámosle caso. La que aquí se presenta es la manifestación de un cambio generacional que es, en realidad, un salto cuántico en los fundamentos de nuestra civilización.

El espectáculo de esta invasión vertical de los bárbaros, como decía Walter Rathenau, solo resulta insoportable o ridículo para las últimas generaciones de adultos de la Europa occidental o, para ser más precisos, de Occidente. Pero ese adulto lector o lector adulto (tanto monta) es ya un módulo humano, una fenomenología del espíritu, que está en franco retroceso en mi generación y que comienza a ser una rareza en los que tienen 20 años menos. Y esto es así en todos los rincones de la cristiandad occidental. No vamos a ocuparnos aquí de cuál es la situación en las regiones de la cristiandad oriental y en los predios de las iglesias que grosso modo llamamos ortodoxas.

En 2006, Alessandro Baricco publicó en *La Repubblica* una serie de artículos que luego se editaron en forma de libro con el título *Los bárbaros. Ensayos sobre la mutación*. Baricco reconoce que se le considera un socialdemócrata buenista. Quiere esto decir que no afronta la barbarie desde posiciones ideológicas conservadoras. Usamos estos términos por seguir el esquema imperante, por absurdo e inane que sea. Pero hay una lealtad mayor



que la de la ideología y esa es la de la propia generación.

que la de la ideología y esa es la de la propia generación.

En esto, como en tantas cosas, soy orteguiana. Baricco tiene 64 años. Cuando publicó estos artículos tenía 46 años, pero por muy progre que se quiera ser, es casi imposible para alguien que ha nacido en los 50 encajar con elegancia un vídeo de las características del arriba mentado. El *reality show*, la confusión entre la vida personal y el espectáculo, entre lo privado y lo público, es algo propio de esos seres con branquias a los que el propio Baricco considera mutantes. Y lo son, pero claro, hay que especificar con respecto a qué se produce la mutación, y aquí tenemos una buena cantidad de senderos para recorrer, desde el analfabetismo funcional a los ritos funerarios, pasando por la alimentación. Más que senderos son autopistas, tan ancho es el cambio y tan veloz.

No hay nada que criticar ni que lamentar. La vida es lo que permanece cambiando. Solo nosotros, las últimas generaciones de adultos lectores, sentimos una íntima zozobra y algo parecido al bochorno, al deseo casi invencible de mirar para otro lado. Pero esto es un problema nuestro y solo nuestro, de los últimos que alimentaron su crecimiento con tinta y no con las actuales pantallas.

La tinta deja una huella que tarda mucho en desaparecer y que genera una conciencia del tiempo que es imposible de acallar por más que el presente se vuelta gritón e histérico. De su acumulación nació el *homo historicus*, que llegó en el siglo XX a su máxima expresión. La conciencia de la enorme espesura de

la Historia humana generó filosofía e inspiró a Bergson y a Ortega, por señalar a algunos de los nombres más insignes.

El tiempo se ensanchó y acopló en el saber la presencia de civilizaciones y culturas muy lejanas que vinieron a enriquecer el conocimiento que tenemos de nosotros mismos, porque el ser humano solo aprende de los de su propia especie, si tiene el suficiente interés y algo de humildad. La sofisticación que



esto exige promueve la flexibilidad y previene el dogmatismo pues la noción de tiempo extenso (no un ahora y un todo lo demás) es una construcción muy trabajosa para las neuronas y en modo alguno un producto de la naturaleza.

La tarifa plana en lo que al tiempo se refiere ha llevado no solo al achatamiento de la Historia, convertida en un cajón de sastre donde ir a buscar objetos de aborrecible memoria y condenación, sino también al nacimiento de un humano que ignora no solo el tiempo que le precedió y le seguirá, sino también el que discurre en su propia vida. Esta tarifa plana, ideal para una sociedad de big data y consumidores masivos sin edad, ha igualado las distintas etapas de la existencia y ya no extrañan los comportamientos infantiles en la madurez ni los adolescentes que peinan canas.

La vestimenta lo señala cada día. El aspecto juvenil es el único aceptable. De ahí, nuestra ministra. Mentira parece que hace muy poco, todavía a comienzos del siglo XX, los jóvenes salieran a la calle adornados con un bastón que en modo alguno necesitaban. Lo hacían para no ser imbéciles, que eso es lo que la palabra significa por su etimología: el que no tiene báculo. Se entendía que el tiempo traía con él conocimiento y, por lo tanto, los símbolos de la edad lo eran también de sabiduría. Pero esto, ahora mismo, parece algo que sucediera en otro planeta y seguramente así es.

La vestimenta lo señala cada día. El aspecto juvenil es el único aceptable. De ahí, nuestra ministra. Mentira parece que hace muy poco, todavía a comienzos del siglo XX, los jóvenes salieran a la calle adornados con un bastón que en modo alguno necesitaban. Lo hacían para no ser imbéciles, que eso es lo que la palabra significa por su etimología: el que no tiene báculo. Se entendía que el tiempo traía con él conocimiento y, por lo tanto, los símbolos de la edad lo eran también de sabiduría. Pero esto, ahora mismo, parece algo que sucediera en otro planeta y seguramente así es.

Esta extrañeza hacia todo lo que no es como yo y mi circunstancia inmediata no es una buena noticia para el adulto lector. La adolescencia, no por ser perpetua, deja de ser cruel e intransigente. Está llena de exigencias y desconoce la gratitud. No admite la discrepancia sin ofensa. Y sí, como escribe Alessandro Baricco, tenemos la inminente sensación de un apocalipsis. Pero es el apocalipsis de los que son como nosotros. Nada más.

Ha sido una trabajosísima arquitectura de generaciones trabadas la que nos ha traído hasta aquí. Como dejó escrito Bernardo de Chartres en el siglo XII, somos enanos subidos a hombros de gigantes.

Las nuevas generaciones ya no se suben a los hombros de las anteriores para ver más lejos. Si alguna atención les prestan es para cancelarlas alegremente.

Más bien prefieren surfear por las superficies brillantes de su realidad de seres inmortales pero efímeros. No saben dónde está Eleusis ni lo que significa, y si lo supieran, les aburriría muchísimo y lo olvidarían de inmediato.

Solo sí ya era sí

«Contrariamente a lo manifestado por políticos, periodistas e «influencers» de todo pelaje, las relaciones sexuales no consentidas ya eran delito en nuestro país»

Guadalupe Sánchez (*TheObjective*)

La finalidad última del relato es evitar que la ideología se vea desacreditada por la realidad, para lo cual precisa tanto de una amplia difusión como de cierto grado de oficialidad. Ello explica que en la imposición del relato colaboren estrechamente políticos, medios de comunicación e intelectuales de los ámbitos cultural y académico. Mediante la repetición machacona de eslóganes y consignas, los hacedores de relatos logran reemplazar lo verdaderamente acontecido por una versión de los hechos más conveniente a sus intereses electorales y propagandísticos. La verdad acaba convertida, como tantas otras cosas hoy en día, en una mera cuestión de percepción.

Quien albergue dudas al respecto, sólo ha de echar un vistazo a lo ocurrido durante las últimas horas en torno a la aprobación de la ley del solo sí es sí:



sus promotores han tenido que recurrir a la falacia y a la mentira para convencer al común de los ciudadanos sobre la necesidad de una reforma de los delitos sexuales que, a todas luces, empeora la regulación hasta ahora vigente.

Contrariamente a lo manifestado por ministros, políticos, periodistas e influencers de todo pelaje, las relaciones sexuales no consentidas ya eran delito en nuestro país incluso antes de aprobarse el actual Código Penal de 1995. El consentimiento era y es el eje en torno al cual la ley y la jurisprudencia han configurado los delitos contra la libertad sexual desde el siglo XIX.

Por lo tanto, quienes afirman cosas como que gracias a esta reforma las mujeres no tendrán que probar que mostraron resistencia a su agresor, o que la nueva ley hubiera evitado casos como el de *La Manada*, les mienten de forma abierta y descarada. Precisamente es este caso al que tanto recurren para justificar la reforma el que sirve más fácilmente para desmontar sus falsedades y patrañas, ya que los culpables fueron condenados a quince años de prisión como autores de un delito de agresión sexual aunque la víctima no opuso resistencia e incluso declaró no haberse sentido intimidada. *La Manada* es un ejemplo paradigmático de cómo el relato consigue alterar la percepción de

la realidad en la mente de sus receptores: no son pocos quienes, como consecuencia de la campaña machacona que realizaron los partidos de izquierdas y sus medios afines, todavía creen que estos señores fueron absueltos. Cuál no será su sorpresa cuando comprendan que, con la nueva tipificación, la pena a la que fueron condenados podría llegar a verse reducida.

Lo que no puede negarse es que, gracias a todo este ruido generado, han



conseguido distraer la atención de los profundos problemas y dislates que presenta la reforma. Como ya saben, la distinción entre abuso y agresión sexual desaparece, de forma que todas las relaciones sexuales no consentidas pasarán a considerarse agresiones. No se trata de una mera cuestión nominativa, ya que la falta

de claridad y precisión con las que se han tipificado las diferentes conductas constitutivas del delito, así como los subtipos agravados o atenuados, ha redundado en un aumento significativo del margen interpretativo de los jueces, de forma que un mismo hecho podrá acabar siendo castigado con la pena de prisión por uno y con la pena de multa por otro. Un bodrio que deja tocados los principios de proporcionalidad y tipicidad en los que se cimenta el derecho punitivo democrático y liberal. Quién se lo iba a decir a Carmen Calvo cuando aprovechaba la polémica impostada en torno al caso de *La Manada* para hacer campañita contra los jueces abogando por una reforma que redujese su margen interpretativo. Como reza el refrán: al que no quiere caldo, dos tazas.

Otra cuestión controvertida es la definición de consentimiento que recoge la reforma. Conviene decir que en el anteproyecto se requería que fuese explícito, algo que finalmente se suprimió tras un demoledor informe del CGPJ. Pero hay elementos que introducen muchas dudas e interrogantes para algunos juristas: que se exija que el consentimiento se manifieste mediante «actos que, en atención a las circunstancias del caso, expresen de manera clara la voluntad de la persona». ¿Quiere esto decir que la falta de claridad en la expresión de la voluntad por parte de la denunciante redundará en perjuicio del reo? Qué duda cabe de que estamos ante una definición manifiestamente mejorable cuyo encaje constitucional dependerá de la interpretación que hagan los tribunales a fin de garantizar el derecho a la presunción de inocencia. Porque el consentimiento era y va a seguir siendo una cuestión de prueba.

Tras leer esto último, muchos querrán cantar victoria porque el infame eslogan del «hermana, yo sí te creo» no se ha materializado en la ley. Pero siento defraudarles, ya que, si bien su presencia no se hace notar en la parte punitiva de la reforma, sí que aparece con fuerza en la parte administrativa, concretamente en la que se refiere a las prestaciones económicas a las que pueden

acceder lo que la reforma llama «víctimas acreditadas» de agresiones sexuales. En este aspecto en concreto, la ley las equipara a las víctimas de violencia de género (artículo 41) y hace remisión expresa a la normativa reguladora.

¿Y cómo se acredita la situación de violencia de género a los efectos de acceder a las ayudas económicas? Pues según la web del Ministerio de Igualdad, resulta de aplicación el procedimiento contemplado en el infame Acuerdo de



la Conferencia Sectorial de Igualdad publicado en el BOE de 13 de diciembre de 2021, que en su artículo segundo establece que podrá solicitar la acreditación administrativa no sólo la víctima que haya obtenido una resolución judicial (sentencia condenatoria, orden o informe del Ministerio Fiscal), sino también la que haya presentado una

denuncia o incluso esté considerando la posibilidad de denunciar. Hasta se podrá solicitar con una sentencia absolutoria o resolución que ordene el sobreseimiento o archivo, correspondiendo la decisión a los servicios sociales.

Es decir, que la burocracia autonómica podrá reconocer aquello que los tribunales todavía no han sentenciado o incluso no han considerado probado, consiguiendo así en el ámbito administrativo lo que no pueden obtener en el penal: que el «hermana, yo sí te creo» se imponga a la presunción de inocencia y que los informes de los «expertos en igualdad» sustituyan a las sentencias emanadas del poder judicial. Algo que sin duda crea incentivos perversos para las denuncias instrumentales y distrae recursos que deberían destinarse a las verdaderas víctimas.

Éste es el modus operandi del feminismo peronista, que se pertrecha tras causas nobles y justas para utilizarlas como ariete contra el Estado democrático y de Derecho.
